

Las Cabezas: retrato de la historia rural en el Caribe colombiano

Santa Bárbara de Las Cabezas. La gran hacienda del Caribe colombiano, 1742-1942

ADOLFO MEISEL ROCA

Universidad del Norte, Barranquilla, 2023, 236 pp.

LA HISTORIA rural latinoamericana se ha catalogado como una historia de las haciendas o de las plantaciones. Siguiendo tal dicotomía, las haciendas se localizaban en tierras altas y medias con temperaturas moderadas, mientras que las plantaciones se ubicaban en tierras bajas con climas más cálidos. Este es precisamente el caso del Caribe, sobre todo del Caribe insular, en donde las plantaciones parecen haber sido el común denominador. Sin embargo, en el Caribe neogranadino no había plantaciones, pero sí grandes haciendas ganaderas. *Santa Bárbara de Las Cabezas* llega como una contribución a esta historia rural latinoamericana y, en particular, la de las haciendas en el Caribe neogranadino a lo largo de trescientos años. También es una crónica sobre Mompo y, además, es una historia empresarial y familiar. En sus 236 páginas, el libro estudia los problemas tradicionales de las zonas rurales y ganaderas del Caribe colombiano, para finalmente conectarlos con los retos actuales del país.

La obra se divide en cinco capítulos. En el primero, Meisel Roca describe minuciosamente las características físicas y geográficas de la hacienda, su ubicación, extensión, temperatura y pluviosidad, así como sus fuentes hídricas. Desde este capítulo el autor nos deja entrever, como lo hará a lo largo del libro, que para él la geografía es un factor fundamental en el desarrollo. Las Cabezas, ubicada entre los ríos Cesar y Ariguaní, al sur de la Sierra Nevada de Santa Marta, contaba con una posición geográfica privilegiada para la ganadería, que dependía en gran parte de la disponibilidad del agua.

En el segundo capítulo nos encontramos con una breve historia de Mompo. Pero a pesar de ser sucinta, no deja de ser profunda. Se rescatan

los orígenes prehispánicos de la región, se discute el rapidísimo colapso de los indígenas (aunque sin profundizar en sus razones) y se estudia una amplia compilación de fuentes de información fiscal de finales del siglo XVIII, la cual constituye un importante aporte para futuros investigadores. En este capítulo el autor destaca nuevamente la importancia de la geografía. Allí se narra cómo en 1868 el caudal principal del río Magdalena dejó de pasar por Mompo y se llevó consigo la riqueza a un nuevo puerto. La caída económica de Mompo en el siglo XIX es producto entonces no de los estragos de las guerras, o de las nuevas regulaciones de la república, sino de un capricho de la naturaleza. Queda para la imaginación si esto podría haberse evitado con algunas obras de ingeniería.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto ilustran con gran detalle la historia familiar de los dueños de la hacienda, los Trespalacios, los De Mier y los Hoyos. Todos momposinos de élite, empezando por el primer marqués de Santa Coa, conformaban un grupo particular: poco conocido en los centros de poder de la región y con una limitada injerencia política tanto en el ámbito local como nacional. En estos capítulos se revelan varias estrategias mediante las cuales estas familias de origen español mantenían su estatus de élite, como por ejemplo la endogamia (el matrimonio entre familiares), una particularidad que recientemente ha llamado la atención de la sociología y la historia económica. Se describe el inicio, auge y caída de la hacienda como empresa familiar y se evidencia cómo esta se deterioró a través de las generaciones. El autor propone algunas explicaciones. La primera es que, como en el caso de María Josefa Trespalacios Serra, los dueños de la hacienda se marcharon. En la medida en que las brechas entre lo urbano y lo rural comenzaron a hacerse más notables a principios del siglo XX, los dueños se alejaron de Mompo y se trasladaron a Barranquilla. La segunda explicación es que ya en el siglo XX la familia había crecido mucho y otras familias comenzaron a ser parte de la empresa, debilitando el sentido de pertenencia. Una tercera hipótesis, que no fue explorada por el autor, está relacionada con los cambios ambientales y la erosión del

suelo que, junto con la excesiva tala de árboles, pudieron afectar el potencial de producción de los terrenos de Las Cabezas y acabar con sus “fantásticos playones”. Faltó entonces, en esta historia, la relación entre el auge y decadencia de la hacienda con los ciclos ecológicos de los doscientos años que se estudian en el libro.

En el último capítulo, Meisel Roca ofrece una rápida mirada a los problemas fundamentales que estaba enfrentando Colombia en el siglo XX: el cambio demográfico y la distribución de las tierras. Expone que una vez el crecimiento demográfico de principios del siglo llegó a su punto más alto, se produjo una enorme presión sobre las escasas tierras que poseía el campesinado de la región costera, expulsando esta población hacia las ciudades y campos sin explotar o poco explotados. Luego, la toma de tierras y los asentamientos se volverían masivos. Y en Las Cabezas se evidencian estas mismas tensiones porque, como bien lo sabe el autor, la hacienda resulta ser un microcosmos que refleja al país. El libro concluye mostrándonos cómo las desigualdades se perpetúan una tras otra. La enorme concentración de la tierra en el Caribe, y por supuesto en todo el país, impidió la consolidación de instituciones que promovieran el capital humano. Como bien lo dice Meisel Roca, “la huella profunda de la desigualdad en la distribución de la tierra explica las desigualdades actuales de la región” (p. 221).

Finalmente, la obra deja una serie de preguntas sin resolver. Por ejemplo, ¿cómo fue el proceso de adopción de nuevas tecnologías en cuanto a calidad de pastos, irrigación, tipo de ganado o antibióticos y medicinas para el ganado? El tema es solo brevemente mencionado en la página 141, pero resulta de crucial importancia. Creo, además, que vale la pena resaltar al menos otra pregunta que se queda sin resolver y puede ser una avenida futura para la historia rural latinoamericana. Meisel Roca, a través de una juiciosa revisión de los inventarios de la hacienda, muestra que a mediados del siglo XVIII el ganado y los esclavos representaban más del 95% de su riqueza, mientras que la tierra, unas 8.000 hectáreas, tan solo el 1% del avalúo total de la hacienda en 1766. Para

RESEÑAS		<i>HISTORIA</i>
<p>1925, el valor de la tierra representaba más del 50% del valor comercial de la hacienda. Cuándo y cómo comienza a tener valor la tierra sigue siendo una pregunta abierta en el libro y a nuestro conocimiento sobre la historia rural latinoamericana.</p> <p>Juliana Jaramillo Echeverri</p>		